

PRESENTACIÓN AL *DOSSIER*

José Alfonso Villa Sánchez

La irrupción del Cristianismo en los confines orientales del Imperio Romano, su paulatina expansión durante los siglos I al III y su instalación definitiva en Roma durante el siglo IV, determinará el mundo de ese Imperio en los siglos por venir. Un aspecto central en este mundo es el relativo a la filosofía, que no será ya nunca más como fue en tiempos del Hellenismo, ni en el siglo de la Grecia de Pericles.

¿Qué es lo que queda transformado para siempre en el mundo con la presencia del Cristianismo y que determina a la filosofía de ahí en adelante? Con la paulatina conquista de Roma sobre Grecia después de la muerte de Alejandro Magno, las escuelas helenísticas –Estoicismo, Epicureísmo, Cinismo, Pitagorismo, Platonismo, etc.– encuentran el fértil terreno de la visión práctica del mundo de los romanos que, conquistadores militares y políticos, vienen a ser conquistados culturalmente por el mundo de la cultura griega. En el inocente acto de que los esclavos griegos fueron puestos a traducir del griego al latín, los romanos repararon poco sobre el hecho de hasta qué punto estaban siendo conquistados culturalmente. De manera que en el Imperio, entre el siglo II a.C. y el s. II d.C., todas esas escuelas helenísticas prenden

con la fuerza renovada de lo nuevo: Neoestoicismo, Neopieureísmo, Neoplatonismo, etc. Se trata de escuelas en las que perviven mezcladas ideas filosóficas con ideas religiosas, cuyo vehículo son las costumbres y las creencias de la época. Se trata en todo caso, de ideas relativas a la vida práctica, a la ética y a la política, a la búsqueda de la mejor manera para ser un hombre feliz que, en la medida de lo posible, pueda tener cierto control sobre las vicisitudes de la vida y, al mismo tiempo, el temple anímico para saber aceptar el irremediable peso del dolor, la desgracia y la muerte.

En este entorno de búsqueda por el sentido del fracaso y de la fragilidad humana entra en escena el Cristianismo. Una vez que Pablo de Tarso –judío y romano helenizado– toma en sus manos la responsabilidad de llevar el movimiento más allá de los límites geográficos y conceptuales de la cosmovisión del judaísmo, sus contrincantes vienen a ser precisamente Neoestoicismo, Neopieureísmo, Neoplatonismo, Gnosticismo, etc. Las cartas de San Pablo, los textos cristianos más antiguos, están llenas de referencias directas e indirectas a estas escuelas, entremezclando ideas religiosas, filosóficas y de cepa propiamente cristiana. Cada una de estas doctrinas ofrece a sus

adeptos un orden de las cosas, esto es, un mundo nuevo que ha de venir si es que se convierten a sus principios y ordenan su vida según sus exigencias.

Los neoestocios, neoepicúreos, neoplatónicos, gnósticos, etc., tienen fama de ser gente inteligente, de ser movimientos urbanos y de tener entre sus adeptos a figuras relevantes de la sociedad y la política. El Cristianismo, por su parte, sobre todo en los primeros dos siglos, lleva fama de ser una secta para gente pobre, ignorante, de zonas rurales y que, además, tiene su base en unas afirmaciones absurdas, a las que, sin embargo, no está dispuesto a renunciar bajo ninguna circunstancia. ¿Cuáles son esas afirmaciones ilógicas, que violan el principio de contradicción, base de cualquier discurso bien estructurado? Son básicamente dos. La primera sostiene que el fundador del cristianismo es Dios como Dios y hombre como cualquier otro hombre, esto es, que es verdadero Dios y verdadero hombre. Y la segunda: que Dios es Uno, pero en tres Hipóstasis distintas; o, como se dirá ya con lenguaje latino, Una sustancia en tres Personas. La vida dichosa que el Cristianismo ofrece lleva como condición que el creyente acepte como verdaderas estas afirmaciones. Y si bien los sectores sociales más desfavorecidos no tienen gran dificultad en creer tales cosas, dado que lo que se les promete a cambio no es poca cosa —una vida dichosa para toda la eternidad—, ciertos sectores requieren explicaciones más acabadas sobre esas contradicciones. Entre tanto, el Cristianismo ha ido ganando espacios urbanos y se ha ido colando en las clases sociales más favorecidas. Así que se ve en la necesidad de pasar de narrativas parabólicas, meramente sapienciales, a explicaciones argumentadas y lógicamente demostrativas. Los primeros pensadores cristianos tienen el reto de mostrar que esas

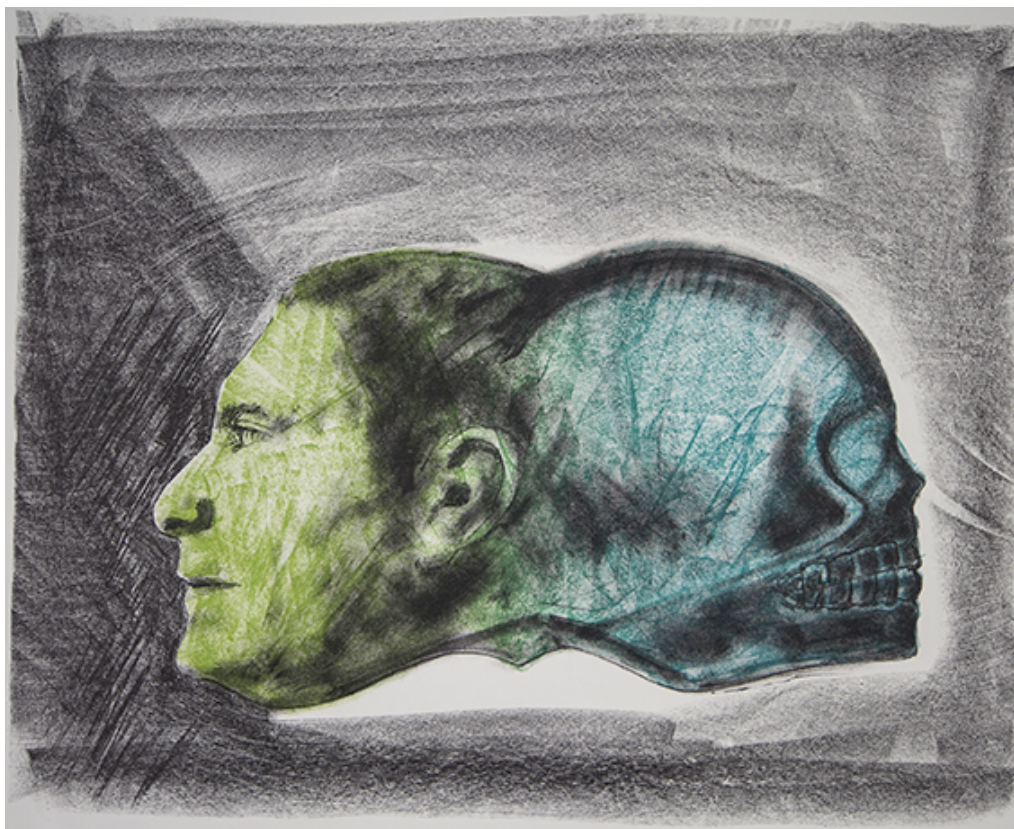
dos afirmaciones básicas tienen una lógica superior a la que practican las escuelas que les acusan de creer en cosas absurdas. Si consiguen mostrar la congruencia de esas afirmaciones mostrarán al mismo tiempo la superioridad racional del Cristianismo frente a todas esas escuelas. Si resulta que no lo logran, el fracaso será estrepitoso y se confirmará que el Cristianismo es una doctrina para gente estúpida, que basa sus creencias en supuestas revelaciones divinas.

Los primeros pensadores cristianos —que no son filósofos al estilo helenístico, ni al estilo griego; pero tampoco son teólogos al estilo escolástico— crean nuevos métodos para reflexionar, exigidos por las cosas mismas que tienen que pensar. ¿Qué caracteriza a este nuevo pensador? Fundamentalmente, que es un cristiano convencido. Y que quiere profundizar en la comprensión de las verdades en las que cree. Desde mediados del siglo II las tensiones ya no son tanto con las escuelas filosóficas llamadas “paganas”, sino entre las propias escuelas cristianas que sobre una determinada tesis tienen posiciones distintas. No todas las escuelas entienden la unión hipostática del mismo modo, igual que hay diversas posiciones sobre el problema de la trinidad divina. El Cristianismo de estos primeros siglos se vuelve neoplatónico y absorbe elementos venidos del estoicismo, del epicureísmo, del gnosticismo, etc., al grado de que ya en el mundo cristianizado se vuelven casi indiscernibles los insu- mos de cada una de estas grandes escuelas presentes en la cosmovisión cristiana.

El pensador cristiano de los primeros siglos hace filosofía de un modo diferente a como la hacen los filósofos de las escuelas con las que comparte escenario social. La diferencia es que media su propia confesión de fe en la filosofía que hace y, sobre todo, que el

tema de sus reflexiones son sus creencias sobre Dios y las consecuencias para su vida y las de los demás. Por eso este filósofo es sobre todo un teólogo; pero un teólogo cristiano. Esto es, un pensador que, con un bagaje conceptual venido de la filosofía griega, intenta mostrar la lógica de una manera contradictoria de entender a Dios y al mundo. La figura del teólogo cristiano no se parece ni al filósofo grecolatino, ni tampoco al rabino de la tradición judía. Se trata de una manera nueva de hacer filosofía que es en realidad teología. ¿Qué es la teología sino el esfuerzo de la razón para dar cuenta de la falta de contradicción en las verdades cristianas básicas con los insumos conceptuales de la filosofía griega?

Decidida por la vía política la verdad de las afirmaciones cristianas en el Concilio de Nicea del año 325, la tarea de armonizar al Cristianismo con el pasado griego continuó por siglos. Figuras especialmente destacadas en esta tarea es la de San Agustín en el siglo V; o, ya en el contexto del siglo XIII, la de Tomás de Aquino. La comprensión de esa armonización es todavía una tarea inacabada. El presente *Dossier* está conformado por unos textos que son buen ejemplo de que hay amplias zonas de la apropiación que los pensadores cristianos hicieron del pasado que aún quedan por explorar y comprender mejor. Pues ¿cómo se va a pretender que los últimos cinco siglos sean suficientes para agotar la comprensión de lo sucedido durante los primeros quince siglos del Cristianismo?



Derli Romero. *Dualidad*. Litografía. 50 x 60 cm. 2010.



Derli Romero. *Dualidad*. Litografía. 50 x 60 cm. 2010.